El verdadero anarquista

Hay todo un equipo de avieso políticos, de periodistas equívocos, de economistas dudosos y de arrivistas sin escrúpulo, que se complace en enredarnos entre las piernas, después de haberlos calificado de ex anarquistas.

Hemos conocido demasiados de estos espantajos, de los cuales se nos ha dicho y repetido: "¡Fulano?... Pero si fué de los vuestros, un tiempo, y no de los menos fogosos....

En todas las ocasiones, hemos protestado con vehemencia y *demostrado* que esas gentes no han sido *jamás* anarquistas. Tiempo perdido: se ha persistido en pegarles la etiqueta de ex-anarquistas, y el juego continúa.

Sería preciso, sin embargo, que esto cesara, y que fuera comprendido de una vez, de una vez por todas, que Briand, Hervé, Clemenceau y otros farcistas siniestros de la política y del periodismo, no han sido jamás anarquistas.

Notad que si, después de todo y en buena justicia, fuera verdad que la pequeña banda de la cual hablo hubiera sido realmente anarquista en un momento dado, las torpideces y canallerías que ella ha cometido después no revelarían de ninguna manera doctrinas y métodos libertarios, y éstos no recibirían ninguna salpicadura.

Pero la verdad es que Clemenceau, Hervé, Briand y otros bribones, ellos mismos constantemente se han defendido de ser anarquistas, que no han pertenecido jamás a un grupo anarquista, y que siempre han sido miembros de organizaciones de partidos en lucha con los anarquistas: Hervé y Briand del Partido socialista; Clemenceau, del Partido radical y del Block Nacional.

Notad también que aquellos que intentan acreditar la mentira en cuestión, saben pertinentemente que mienten. Pero ellos no se inmutan por una mentira más, cuando se proponen desacreditar a los libertarios y desacreditar las concepciones anarquistas.

La maniobra tiene por objeto establecer que por todo hay gentes deshonestas, que en todos los partidos se encuentran esos individuos que, para *llegar*, para satisfacer su ambición o su egoísmo, se sirven de los medios más avanzados y se cubren con las más extras más revolucionarias, que en todas las familias hay hijos que terminan mal.

Esta maniobra —¡ay!— no tiene sino demasiado resultado, y yo muchas veces he oído a los *ignorantes* decir: "Los teóricos libertarios no valen más que los otros y el *partido* anarquista es como todos los otros partidos: un semillero de funistas y de intrigantes que, para llegar a cierta notoriedad desde luego, después de una situación envidiable, explotan los sufrimientos, los descontentos y las esperanzas de la masa de los desheredados. Al principio, se apoyan sobre la clase obrera y pasean sus reivindicaciones. Pero, en seguida que han conseguido descolgar un mandato, una sinecura, un puesto ventajoso o una situación brillante, se cambian en enemigos mortales del proletariado. Tomad uno, tomad un ciento, tomad un millar: son todos lo mismo. Ninguna diferencia que establecer entre los unos y los otros: es preciso hundirlos a todos en el mismo saco".

Y bien, este juicio, aplicable a todas las doctrinas y a todos los ambientes, es injustificado, y los anarquistas entienden no ser confundidos con los filibusteros de la política, de los negocios, de la tribuna y de la prensa.

Aristides Briand, que, desde que fué elegible, paseó un poco su candidatura por todas partes, hasta que salió diputado por Saint-Etienne; Briand que, ministro y presidente del consejo, se afirmó, con el objeto de captarse la confianza de los reaccionarios y de los republicanos moderados, uno de los más firmes sostenes del patronato y del conservatismo social:—Briand, ¿habría sido anarquista, hace X... años, porque preconizó la huelga general, y porque se entregó a veces a un verbalismo ultra-violento? ¡Qué chusceda!

¿Socialista? Sí. Uno de los jefes, uno de los líders del socialismo unificado, es cierto, es innegable. Pero, no un minuto siquiera, fué anarquista.

Socialistas, este hombre es vuestro, bien vuestro. Son vuestros sufragios que lo enviaron al Palacio Borbón; es la confianza de vuestro Partido que ha hecho de él un ministro, como es esta misma confianza que, ayer, ha empujado al ministerio a Viviani, Millerand, Augagneur, Colliard, Sembat, Guesde, Alberto Thomas, y empujará mañana, a la primera ocasión, a Pablo Boncour, León Blum, Varenne, Compère-Morel, Buisson y algunos otros.

Briand quizá ya no es de los vuestros, pero lo ha sido mucho tiempo. Su pasado os pertenece. Os lo enviamos; guardadlo.

Gustavo Hervé, este payaso odioso, este grotesco despreciable y despreciado, que no tiene igual es abyección más que el infecto *León Daudet*, ¿habría sido anarquista, porque, siendo periodista, se complacía en bajar los calzones de ministros y parlamentarios, para hacernos sentir la hediondez? ¡Vamos!

Este repugnante personaje, es él también vuestro, socialistas. Ha sido miembro de vuestro partido tanto tiempo como ha querido quedar. Ha terminado, de tal manera se hizo innoble, por provocar en vosotros la náusea, y lo habéis vomitado. Pero lo habéis tenido en el estómago mucho tiempo: los anarquistas jamás.

Jorge Clemenceau, ese espécimen cumplido de la podrición parlamentaria, este hombre cuyo nombre ha estado mezclado a todos los crímenes que, desde hace medio siglo, han deshonrado a la República y ensangrentado a la Francia; este anciano sin entrañas, cuyo espíritu de venganza, mantiene en prisión, desde hace tres años, a nuestro querido Cotini, que todos los anarquistas quieren libertar: Clemenceau, ¿habría sido anarquista, porque, como periodista, escritor y orador, ha esmaltado sus escritos o sus discursos de algunas fórmulas, marchitando al Estado o exaltando la Libertad?

¡Vil, no. Residuos del radicalismo y tristes productos del Block Nacional, podéis revindicar al monstruo: disputaos el bandido, cortadlo en trozos si el corazón os lo dicta, y repartíos los pedazos, pero guardadlo todo entero.

Este triste individuo no fué ni un instante anarquista.

¿Se quiere saber en qué, aquel que es verdaderamente anarquista, se diferencia de todos? ¿En qué signo distintivo se reconocerá un libertario sin duda posible?

Es bien simple.

El anarquista es aquel que siente tanto horror por la autoridad que se ejerce, como por la autoridad que se sufre: es aquel que huye con la misma repulsión la Tiranía y la Servidumbre.

El anarquista, el verdadero anarquista, no quiere más mandar que obedecer, no consiente más en ser gobernante que en ser gobernado; no se resigna más a estar dentro de la piel de aquel que nos da las órdenes, que en la piel de aquel que las ejecuta.

No quiere ser ni explotado ni dominado; pero no quiere explotar ni dominar.

Para decirlo todo, es el hombre libre que detesta las cadenas que ligan a los otros, con la misma violencia que execra las que pesan sobre él mismo; es el ser en estado de revuelta constante contra los lazos de toda naturaleza, por los cuales —cualquiera que sean los años y cualquiera que sean los esclavos, una fracción de la Humanidad traba a la otra fracción.

Sólo el individuo que está penetrado definitivamente de este espíritu, es anarquista.

Cualquiera que sea la brutalidad de su lenguaje y la violencia de sus gestos, no es anarquista el obrero que lucha con los patrones porque es obrero, pero que se acomodaría voluntariamente con el patronato si se hiciera patrón; no es anarquista aquel que fulmina contra las iniquidades de la Ley, pero cree en la necesidad de ésta, no constata la iniquidad total, perentoria, esencial, fundamental; no es anarquista aquel que, batallando contra los parlamentarios actuales que proclama malos, intenta reemplazarlos por otros que califica de buenos; no es anarquista aquel que empuja al derrumbamiento de la sociedad capitalista, porque es pobre y sufre la explotación, pero defendería al capital si él poseyera una parte y pudiera explotar a los otros.

A cada paso, en nuestra sociedad de miseria, de servidumbre y de incoherencia, se encuentran personas a las cuales la exasperación levanta contra los individuos, sin ir hasta el corazón de las instituciones mismas: Estos descontentos consentirían en guardar esas instituciones, a condición de cambiar el personal: esas gentes son agriados, descontentos, semi-rebeldes: no son anarquistas.

Solamente es anarquista aquel que ha comprendido, plenamente comprendido, *lo que se llama comprendido*, que la función crea el órgano, que el ser humano es determinado, y que, en consecuencia, mantener la función de gobernante, de patrón, de magistrado, de policía, de jefe civil o militar, es —cualquiera que sean los que la cumplen, y fuesen ellos reemplazados mil veces— perpetuar los desastrosos efectos.

Aquel que ha comprendido esta verdad, y la aplica lealmente y valientemente al medio social presente, no puede substraerse. Es anarquista, queda anarquista, muere anarquista.

Sebastián Faure.

— — *,* — —

• Sugestiones •

Por PEDRO MAINO

Este opúsculo, del cual han podido formarse idea los compañeros por las transcripciones que hemos hecho de él en número anterior, se halla en venta en nuestra administración al precio de 30 centavos, y será enviado, libre de franqueo, a quien lo solicite por carta, incluyendo su importe.

El poder a los sindicatos

Soviets o sindicatos, todo esto puede ser aceptado por nosotros; únicamente que son una parte en el todo, que no podemos hacerles, ni a los unos ni a los otros, depositarios exclusivos de la Revolución, ni, entregarles el gobierno de la sociedad, lo que oblitaría en el acto a crear el necesario cuerpo gobernante, y dotarle de las facultades de hacer cumplir, quieras que no, su voluntad. Nada nos garantiza que, soviets o sindicatos, dotados de semejante gobierno irreplicable de la Revolución, y por lo tanto de la sociedad, no podrían tornar mal: y por lo pronto se convertirían en cuerpos de opresión política, carácter que impediría la libre manifestación, la libre construcción, el acuerdo y la armonía de la sociedad. Sobre esto puede apoyarse únicamente la dictadura de un partido: y sería una de las cosas más ingratas que los sindicatos hubieran de servir para esto, tanto más que, como los soviets, serían ellos la primera víctima, una vez creados los cuerpos gobernantes y que éstos se consideraran bastante fuertes.

El sistema gobernante, el sistema mandatario, la opinión de que es necesario que *nosotros* ejerzamos la dictadura de la sociedad, para la Revolución, o para esto o la otra cosa, siempre trae la consecuencia de que nosotros seamos precisamente los gobernados, y no los gobernadores. La dictadura del proletariado acaba por ser ejercida sobre los proletarios: si ésta es la de los sindicatos —aparte de que hay mucho más que los sindicatos en la sociedad, y de habrá siempre—, acabará por ser sobre los sindicados. Porque gobernar es un mal principio, en el que si alguien es efectivamente gobernante, los demás caemos simplemente en gobernados.

La U. S. A. aspira a la dictadura, fundándose en el derecho de los sindicatos para ejercerla. Como es natural, este es un derecho que no puede ser reconocido. Que el poder tome su origen de los sindicatos, de los soviets, del sufragio de los solos obreros federados en la U. S. A. o de cualquier otra cosa, será siempre el mismo.

Rechazamos, pues, a la U. S. A. con su fórmula: "todo el poder a los sindicatos", como institución que busca fundar el poder para el gobierno futuro, que tiende desde ya a la creación de la Autoridad, y se basa en esto como principio más importante.

EN EL PAIS DE TORQUEMADA

Angustia y desesperación

Desde el desastre de Annual, que hoy lloran tantos miles de madres desconsoladas, toda España pidió y pide el rescate de los miles de jóvenes soldados que *están en poder del moro.*

Nosotros también unimos nuestra voz a ese clamor nacional que pide el rescate de los cautivos de Marruecos. Pero nosotros queremos y exigimos la de "todos" los cautivos: de los cautivos del moro y de los cautivos del cristiano, de los prisioneros de Abd-el-Krim y de los prisioneros de Martínez Anido y de Arlegui, de los prisioneros de la guerra extranjera y de los prisioneros de la guerra civil.

La misma razón existe para pedir el rescate de los cautivos de Africa que para demandar la liberación de los trabajadores conscientes y honrados que el gobierno español tiene presos en todas las cárceles de España, y de los que tiene internados en el castillo de la Mola.

Es humillante, depresivo para España, —se dice poder alcanzar el rescate de unos miles de prisioneros, después de hacer a las tribus del Rif el honor de tratar con ellas de potencia a potencia. Pero es más que humillante, es sencillamente vergonzoso para el pueblo español, ofrecer a los ojos del mundo el espectáculo de nuestras cárceles llenas de presos gubernativos, inocentes, justificando así la llamada "leyenda negra" contra la que en vano se revuelve el llamado patriotismo.

Los mismos motivos sentimentales hay para interesarse por la libertad de unos y otros cautivos.

Los prisioneros de la guerra civil, los que tiene el gobierno encerrados en inmundas mazmorras carcelarias, tienen también madres, esposas, hijas y hermanas. Y son igualmente inocentes, puesto que no ha sido dictada contra ellos sentencia en virtud de delito, y ni siquiera se les hace objeto de una acusación pública.

Acaso hay las mismas razones para oponerse al rescate de los prisioneros de Abd-el-Krim que para negar la libertad a los prisioneros de Martínez Anido y de Arlegui, y aun de muchos otros pretorianos gobernadores de las insulas barataria de este país de Torquemada. El rescate de los cautivos de Marruecos es la paz, la acción civil, el cumplimiento de los fines humanitarios a que debe responder todo protectorado. El rescate de los cautivos de Barcelona, de la Mola y de las demás ergástulas es igualmente la paz, la acción social pública y responsable, la lucha de clases sometida a normas jjurídicas. Pero es que no se quiere la paz, sino la guerra. No se quiere una conciliación ni transitoria, sino de exterminio del enemigo.

Abd-el-Krim retiene a sus prisioneros en calidad de rehenes, para impedir el avance de las armas españolas. Y los prisioneros de la Mola y de Montjuit son también rehenes, rehenes del Estado contra la organización obrera. Ni deja de haber cierta analogía entre los peligros que corren unos y otros cautivos... Buena prueba de ello es la famosa ley de fugas.

Hay que rescatar a todos los cautivos. Hay que libertar a los prisioneros de Africa, pero también a los prisioneros de España, gritamos todos los revolucionarios conscientes. La prisión de Estado es una de las más monstruosas violaciones del derecho. Lo primero que hizo la Revolución Francesa fué rescatar a los cautivos de la Bastilla. El primer acto de la Revolución rusa fué abrir la fortaleza de Pedro y Pablo. Y si se dijese que ahora no se trata de revolución, sino de pacificación, fácil sería responder que no hay pacificación posible encarcelando y deportando a ciudadanos que no han cometido ningún delito.

Tres años ha que el Estado español es gobernado y tiranizado, peor que en tiempo de Fernando VII, sin garantías, sin dignidad y sin decoro, atropellando impunemente a cuanto ciudadano se le ocurre pensar en forma diferente al gobierno.

¡Pobre guillotina! Segó en otro tiempo altas, nobles e ilustres cabezas: la cabeza augusta de Luis Capeto, la insiene cabeza de Versailand y la poderosa de Danton; la cabeza destinada de Robespierre, la cabeza insolente, retadora, de Saint-Just y la alocada de Camilo Desmoulies. Bajó su cuchilla igualitaria, niveladora, se estremecieron las quedejas rabias de María Antonieta y las negras cruchas de Madame Roland; la garganta sensual de la Dubarry, la vieja pecadora, y la fresca y juvenil de Carlota Corday. La guillotina, en aquel entonces, era exigente: no le bastaban las víctimas anónimas; necesitaba cabezas fuertes, audaces, que iluminaban el heroísmo o el genio: cabezas románticas, aureoladas por el martirio; cabezas vivas, palpitantes, en cuanto encarnaban la multitud.

Después, la guillotina, vendida a menos, fué conformándose con cabezas de criminales, con calgares cabezas de malhechores. Y ahora tenemos nada más que una guillotina de papel, que es suficiente para segar las más fieras rebeldías de muchos *parlanchines* políticos de esta España moribunda.

Cuando se ve cómo ante esta guillotina de opereta hasta se inclinan las cervices, no puede uno menos de acordarse de la otra: la auténtica, la trágica, la inexorable, y exclamar: ¡Ay qué lástima que no funcionase siquiera un día en el centro de la puerta del Sol de Madrid!

David Díaz.

(Del grupo Cultura y Libertad, España.)

Marzo, 1922.

— *,* —

El IV Congreso

DE LA UNION SINDICAL ITALIANA

En Roma, durante los días 10, 11, 12 y 13 de marzo, se han desenvuelto las sesiones de este congreso que había despertado la expectación del movimiento sindicalista revolucionario de todo el mundo, y provocado agudas polémicas entre las distintas tendencias en Italia, por la importancia de los puntos a tratar. Los más importantes, sin duda, son los referentes a la Internacional Sindical Roja, al problema de la unidad sindical, y a la cuestión de los diputados Faggi y de Victorio, secretarios de importantes Cámaras del Trabajo, electos últimamente. Todos los tres asuntos no eran, en rigor, más que uno, pues que tanto la propuesta adhesión a Moscú, como la unión con la Confederación del Trabajo y el consentimiento del mandato parlamentario de los dos dirigentes sindicalistas, se involucraban en una misma corriente desviadora del sindicalismo revolucionario. De como fuese la decisión del Congreso sobre uno de esos puntos, el de la Sindical Roja por ejemplo, dependía la decisión sobre los restantes.

En efecto, la adhesión a Moscú significaba la disolución de la Unión Sindical Italiana y su entrada en masa en la Confederación del Trabajo, disolución y entrada impuestas por la política adoptada en el Congreso de la Sindical Roja. Y la entrada a la Confederación significaba, a su vez, el reconocimiento de los dos diputados, que se sumarían a los tantos de que dispone la Confederación.

Este Congreso de la U. S. I. había de decidir, pues, de la vida o de la muerte de esa organización, verdadera representación del sindicalismo revolucionario en Italia. En la alternativa, el Congreso se determinó por una enorme mayoría, por la vida de la organización y por la reafirmación de sus principios, rechazando la unidad sindical, lo mismo que la adhesión a Moscú. De mociones en este sentido, la una menos condicional que la otra, fueron rechazadas. En cambio, fué la aprobada la siguiente solución, que viene a dar un formidable golpe más a la bamboleante Internacional Sindical Roja.

El IV Congreso de la U. S. I.:

Considerando que la I. S. I. ha desarrollado constantemente, desde muchos años su actividad en la reorganización internacional de todos los trabajadores, inspirándose en los principios de la I Internacional;

Constatando que la reorganización internacional, agrupando a todas las organizaciones sindicalistas revolucionarias no ha podido conseguir por el carácter exclusivamente de partido dado primeramente a la III Internacional comunista, después a la Internacional de los Sindicatos rojos;

Reclamándose a los principios y a los métodos del sindicalismo revolucionario, descentralista y sustendor de la absoluta autonomía de los sindicatos de los agrupamientos políticos;

Resuelve (poniéndose en el terreno de la Confederación General francesa) adherirse al anunciada conferencia internacional de las organizaciones sindicalistas revolucionarias de todo el mundo para sostener los siguientes postulados fundamentales de la I. S. I., claramente contenidos en su primer estatuto desde su surgimiento, esto es:

1) *Acción directa y revolucionaria de clase para la abolición del patronato y del salariado;*

2) *Exclusión absoluta de cualquier lazo momento con la Internacional Comunista y con cualquier otro partido o agrupamiento político y completa autonomía e independencia sindical de estos organismos de partido;*

3) *Exclusión de la Internacional Sindical de aquellos sindicatos o agrupamientos sindicales mayoritarios que adhieren a la organización amarilla de Amsterdam, aunque sea por el trámite de las Federaciones profesionales;*

4) *Limitación de la actividad y de la acción de la Internacional Sindical a los problemas y a la acción de carácter internacional;*

5) *Ententes eventuales temporáneas con otras organizaciones sindicales y políticas proletarias, podrán ser establecidas, a voces, para determinadas acciones internacionales de interés de la clase trabajadora.*

Tales postulados constituyen la condición esencial para la adhesión a la Internacional de los Sindicatos Rojos de las fuerzas que se reunirán en la Conferencia de París.

Fué igualmente aprobado el siguiente agregado:

Y reclama que el próximo Congreso de la I. S. R. en el que deben discutirse estas condiciones tenga lugar en el Occidente de Europa y que la sede del futuro Comité Ejecutivo de la Internacional Sindical Roja, esté fuera de Rusia, aceptando, al mismo tiempo, la propuesta de la Confederación General del Trabajo de Francia, de tener una conferencia internacional sindicalista revolucionaria para entenderse sobre los expuestos conceptos.

— *,* —

La prohibición del mitin pró Sacco y Vanzetti

La policía sigue haciendo de las suyas continuando con su juego. El mitin del pasado domingo en la plaza Once, fué otra vez, como siempre, prohibido a última hora por la policía, que, de añadidura, por si la prohibición fuera poco atropello, apresó cerca de una cincuentena de personas de las muchas que acudían al anunciado mitin.

Ya no queda ni el derecho de protesta. La policía, por su arbitrio, ha hecho de esto una cosa desconocida para el proletariado de Buenos Aires que, desde hace mucho tiempo, no puede manifestar por las calles ni expresar su protesta en otros actos análogos, ni siquiera reunirse en los salones libremente, sujeto como está a las constantes tropelías policiescas.

Es una acción sorda y lenta la de la policía, para acabar con toda manifestación obrera o anarquista, para acallar nuestra voz y hacer que ella no llegue a la conciencia del pueblo, reducida, a lo más, a las asambleas en los locales obreros. Y es de presumir que, de seguir así, hasta esto último será suprimido. Se piensa así, que nos iremos a menos cada vez más, aplastados por las muchas prohibiciones y por la mordaza que se nos ha impuesto. Pero equivoca la sagacidad la policía si es que cree que ha de lograr ese intento, y, que todo cuanto haga en ese sentido, será siempre consentido, como hasta ahora.

La Interna

De las comunicaciones del Congreso de la Unión Sindical Italiana, realizada en Roma hace de un mes, creemos interesante publicar la enviada por el compañero A. Schapiro, por ser éste uno de los que están en mejores condiciones para juzgar con acierto cuanto se ha debatido, asunto de la Internacional Sindical Roja.

Me entero por los compañeros que el Congreso de la U. S. I. había fijado para el 9 de marzo para tratar las cuestiones principales a la adhesión a Moscú.

¡Y bien! La Internacional Sindical de hecho no existe. Ella es una federación de grupos comunistas, y nada más. Nuestros compañeros sindicalistas de Alemania fueron, desde el principio, opuestos a Moscú. Los I. W. W. de América se han declarado neutrales respecto a Moscú. Y otro tanto los sindicalistas de Suecia. La Argentina, interrogado a su representante en Berlín, Barker, apenas éste ha probado amigables relaciones con el gobierno.

Pero, entonces, ¿quién queda en la Internacional Roja? Sumado a los que los sindicatos rusos y las organizaciones obreras de Georgia, de Aserbejdian, del Turquestán.

Por lo que respecta a los sindicatos ellos están completamente bajo la dirección del Partido Comunista ruso. Los elementos que operan, sea en el Consejo central de los Sindicatos rusos, sea en los diferentes sindicatos industriales, son todos miembros activos del Partido Comunista y obligados a inclinarse ante la disciplina de hierro que rige en el Partido y a todas las directivas y todas las órdenes emanadas.

Las otras organizaciones obreras existentes, están simplemente dirigidas y conducidas por el Partido Comunista o por sus sucursales.

¿Quién está todavía en la I. S. I.? Están los grupos *comunistas* de las organizaciones reformistas de Alemania, grupos *comunistas* de los sindicatos amarillos gomperianos de América, que toda la Internacional de Amsterdam está compuesta sea por organizaciones sometidas al Partido Comunista o por núcleos controlados por los comunistas nacionales, o están dirigidos siempre *por el Partido Comunista ruso.*

El movimiento sindicalista de Italia no se haga, pues, ninguna ilusión sobre la Internacional Sindical de Moscú, hija *ilegítima* de la Internacional comunista y, en consecuencia, la sirvienta del servicio del Partido Comunista.

Establecido esto, veamos qué es la Internacional actual el Partido Comunista.

Después de su segundo Congreso se ha vuelto enmascarado. Se ha vendido por el capitalismo. Quema lo que ha adorado y adora lo que ha quemado. Pronto a todas las ignominias para conservar el poder.

No tiene más el poder en su próximo a venderlo en subastas (a los socialistas de la Entente); el poder ha aquí su incubo, he aquí su obsesión: conservar a cualquier costo. La muerte de la revolución rusa.

El persigue a todos los anarquistas, sindicalistas, etc.

A M. L. de I

Hémonos opuesto a que se hiciera asunto de "Las víboras", recibiendo contestación a M. L. de la Internacional sus horrorizaciones al respecto de "Obrera". Después de esto —en lugar —, pensamos que la cosa de la cual resulta viejo y trasnochado a nosotros, no se modificará en otros digamos o añadamos en que la interpretación de ella se le clave una parte, un pasaje de ello, "ofuscado, anublado por la incendiaria de la pasión